

gracias a su santísima Madre. Es cierto que dichas frases son hiperbólicas, puesto que en Dios no caben apasionamientos, pero de ellas debe deducirse que Dios vació en María su divinidad en cuanto fué posible y que así como toda santidad es imperfección comparada con la pureza divina, así la santidad más encumbrada de todas las criaturas es débil reflejo de la que Dios concedió a su purísima Madre.

Y no se diga que tanto perfeccionamiento o santidad es propia de la Stma. Virgen, no en su santificación primera, es decir, en el momento de su concepción purísima, sino cuando concibió al Verbo o cuando fué asunta a los cielos; porque aparte de que la Iglesia atribuye a María las frases de arrobamiento del Cantar de los Cantares en todos y a cada uno de los periodos de su vida, y hasta parece que más propiamente se aplican a María recién concebida, porque era como *la esperada, la deseada* de Dios mismo, que al verla sostiene con Ella su idilio de amor divino, habría que violentar las palabras para interpretar en tal sentido el versículo primero y segundo del Salmo 86: «Fundamenta ejus in montibus sanctis: diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob» que la Iglesia aplica a la Stma. Virgen para significar que las raíces de su santificación, es decir, la gracia que recibió en su concepción purísima sobreexcede de tal manera a la santidad más sublime de todos los santos que Ella empieza a remontarse cuando ellos acabaron su vuelo.

Y ¿qué de extraño tiene que sea así cuando es propio del amor intensísimo y vehemente despreocuparse en cierto modo de todas las cosas que pueden ser amables para saciar sus anhelos de complacencia afectuosísima incomparable en lo que ha robado su corazón, máxime cuando está prevista la correspondencia inefable de la criatura a la que se ama y no deja de oírse aquella súplica de la misma pidiendo fuerzas especialísimas y prodigiosas para no desfallecer de amor? No, no, sin dar a la Stma. Virgen desde el principio más gracia y santidad que a todos los ángeles y santos juntos, no podía darse por satisfecho el amor de Dios, que, como dice la V. Agreda, *esperaba el instante oportuno, el de su concepción inmaculada, para desempeñarse de su afecto a su satisfacción y gusto.*

Algunos autores, como Cayetano, niegan nuestra afirmación